

El aire enrarecido

Carlos Covarrubias

Ciudad Abierta, enero 1990

el aire enrarecido
tantas albas
la pupila inerte
una suavidad inhumana cubre los encuentros

la cifra arrumbada en la litera
los hijos llevando los signos en la risa

el rubor de antaño
solo desde el arbitrio
el cuarto
personificado con tanta exactitud
el grito autónomo de los salvajes

el arrojó
cuantas veces cruel en la danza

el resto entumecido del día
largo y casual
en el labio

jóvenes mintiendo en la ola
la memoria elige

las luces alternas del sigilo
o
la migaja casual sobre la sábana

cada día
luego de la cimbra
órganos distintos
hacia el imperio

el afecto a aquel vestigio
corregido en el pacto

brumas dispares
atrapadas en la vista
contar exige los perdones
la amable distancia de los dedos

desde la espuma
un quiebre reanuda el instinto
ambos términos hacia la fuga
entre portales
ahora

extranjera
sostenía el acierto
la tribuna llena apagada en el mármol
la década en la fama

el púrpura
o el primer tacto
la noche desde la reja

ella verifica la premura en el ropaje
el desprendido patente de toda bahía
la mano alerta en lo ajeno

las razas del hambre
la prisa semejante a la partida
el índice gradúa la cita
la insensatez cardinal de las auroras

el precio del encargo
las niñas junto al fuego
los cerrojos

el polvo justo del uso
anuncia la calzada
la liviandad parecida del agua
aquella adolescencia tras la escritura

por el atrio
tolerando insípida la penumbra ficticia del mediodía
la lengua del parto
la niñez cambiante bajo el párpado
la pequeña ligereza continuando el fraude
hasta la ventana

atentos a cualquier coincidencia
laboriosos
murmuraban la palabra
esperando las lluvias esos antiguos

una cierta confianza en el espejo
la ley de las cejas
paradojal en los humores

la apariencia
calibrada dos veces en el vello

la comba distante de la barca
la auténtica astucia de la persona
todo rostro
sin artes matinales

el escozor del sonido
las aves
el vapor lúdico cuidado del embrujo

no más planes
la hembra cuajada de dioses
la gota
la pausa de sus voluntades

pacífica
consumaba sus pérdidas
acaso ya
de siempre dormida
en las ciénagas imaginarias del paseo

la latitud
graciosa en las selvas

la premura desandada
expresa en el recodo

todos los paisajes
igualábanse sin la menor benevolencia
dejando correr las horas a su manera

el ardid destinado al mimetismo
o la figura de un pensamiento necesario

uno mismo carcome la pericia entre ritos
argumental hasta la herida
cual visión

la bella verificación
esta renuncia arraigada en la pilastra

las garzas
añadiendo ojos cambiantes a los datos
los abandonos rigen la carne
la cadencia en la calle

el modelo ciego
el alma cúbica deshecha a lo largo
oral cerca al pergamino

al abrigo del juicio
tonos puros y virtuales en la tolerancia
ayer

la equidad alterna
la puerta
la asimetría encarnada

método de transparencias
por el acto alguien deja su sitio
las palpitaciones súbitas

tal continuidad

brevísima interrumpía la marcha
los bordes aptos del puente
el estambre
luego la mira compondría la distancia

Habría quien hubiera querido verte transeúnte
celebrando la nostalgia en la página
la pereza bajo la rama
el dorso arcaico y

Al descender por su extranjería
aquel pabellón

la pertenencia tan cerca
que pendiente

la madre idéntica
al arraigo
tu antebrazo todavía desnudo
más veloz
en la bruma o en la hoja casual

la imagen dispersa en las partituras
podría ser la risa
porque ya era tarde
la guía

la cumbre entresacada del prado
aquel tacto listo del mendigo
la cimbrante cortesía de todo ruedo

y la rampla escurre bajo la fusta

entre castas
vacilantes en la arcada

